



HISTORIETAS PATRIAS

SECUELAS DE LA RESOLUCIÓN 250 DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE FECHA 14-12-99

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

HISTORIADOR

EDUCERE, TRASVASE, AÑO 3, N° 9, JUNIO, 2000

La historia de Venezuela no ha disfrutado nunca de gran éxito en los dominios de la Educación. En los prolongados tiempos de las dictaduras, era obvio que se contara desde un solo ángulo. De 1908 hasta 1935, ¿qué manual se atrevió a mencionar el nombre del general Cipriano Castro, por ejemplo? Nadie, ninguno. Con el nombre del caudillo andino se borró la historia de los años precedentes, incluida la marcha hacia el poder de 1899, porque había sido bajo la égida del tempestuoso personaje que se condujo.

¿Qué venezolano que en 1920 anduviera en los 10 años de edad pudo enterarse de que su país había sido bloqueado en 1902-1903 por ciertas potencias europeas; sus pobrísimos barcos de guerra, destruidos por las escuadras de Alemania y Gran Bretaña; y cómo “la planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria”? Nadie, ninguno. ¿Qué venezolano que en 1920 anduviera en los 10 años de edad pudo enterarse de los episodios que rodearon el ascenso (y la traición) de Juan Vicente Gómez al poder, los tratos nocturnos de su canciller Francisco González-Guinán con Willian

Buchanam, el enviado plenipotenciario de Theodore Roosevelt, para resolver los conflictos que llevaron a la ruptura de relaciones entre Venezuela y Estados Unidos? Nadie, ninguno.

¿Qué venezolano de cualquier edad, y sin pertenecer al entorno, podía enterarse en 1930 de cómo y a quiénes otorgaba Juan Vicente Gómez las concesiones petroleras, como favores o regalos personales? Nadie, ninguno. ¿Quién, y en qué universidad o instituto, podía hablar de un libro llamado *Memorias de un venezolano de la decadencia*, publicado en el extranjero por un escritor de nombre José Rafael Pocaterra, recién salido de una larga prisión en La Rotunda? Nadie, ninguno.

Preguntas semejantes podrían llenar todo un manual de la historia silenciada. O sea, de la no historia. Un manual del ocultamiento, de la falsificación y de la adulteración de la historia. Esto explica, de modo muy simple, por qué se optó entonces, bajo los regímenes dictatoriales, por la otra historia, por las páginas rimbombantes de *Venezuela heroica*, y por el recital de epopeyas militares en que gastó sus metáforas don Eduardo Blanco, el Homero de la República.

A partir de 1936, la historia venezolana comienza a contarse de otra manera: de una manera libre, y sin miedo.

Sin que profesores y maestros recibieran el ucuse dictatorial, la consigna de ocultar o de silenciar, o de establecer paréntesis innombrables. Esta libertad de cátedra se prolongó hasta el 24 de noviembre de 1948, cuando fue derrocado el presidente Rómulo Gallegos. Si la dictadura de Marcos Pérez Jiménez no fue peor que sus predecesoras, tampoco fue menos implacable. Entre profesores y maestros se contaron los venezolanos más perseguidos, torturados, encarcelados, o enviados al destierro. No se doblegaron: entendieron, simplemente, que el ejercicio del magisterio o es libre o no lo es.

Ni libertad de cátedra, ni libertad de expresión. Torturas, presiones masivas y destierros, como nunca los había habido a lo largo de la historia venezolana. Entrega discrecional de nuevas concesiones petroleras, tráficos y tratos nocturnos, eliminación física de adversarios; violación, en una palabra, de derechos humanos, civiles y políticos. Eso y más, fue la dictadura de Pérez Jiménez. No fueron pocos los militares que se rebelaron contra ella, y también fueron perseguidos y muertos. Al desafío de falsificar o de adulterar la historia, no puede responderse sino con la historia, documentada, ahora y aquí, como no lo estuvo antes.

En ninguna época venezolana, como a partir de 1958 hasta estos tiempos, hubo la libertad de cátedra que el país ha disfrutado en todos los niveles de la Educación. El legado de estas décadas no puede borrarse. Es imposible borrarlo. Las universidades nacionales, que para inicios de aquel año eran sólo tres: la Universidad Central de Venezuela, la de Los Andes y la del Zulia (reabierta en 1946), y todas las que luego se crearon, como la de Carabobo, fundada en 1958, han contado con la más irrestricta autonomía, y a ningún profesor (o maestro de otros niveles) nadie osó nunca instruirlo para instruir a sus alumnos. ¿Cuántas universidades hay ahora?

¿A qué vienen estas lamentaciones melancólicas al alborear del año 2000? Pues se comprenderá fácilmente: a la resolución del Ministerio de Educación del 14 de diciembre de 1999, publicada en la *Gaceta Oficial* de la (aún) República de Venezuela, sobre “Ética, Ciudadanía

e Identidad Nacional/Historia de Venezuela, y Geografía de Venezuela”. Allí se “orienta”, se “instruye”, se le “ordena” a los profesores y maestros sus métodos de enseñanza y los temas que deben ser abordados frente a los estudiantes, y por los estudiantes en sus ejercicios de conocimiento de la patria. Más que un programa, el papel es un panfleto sobre cuyos pormenores ya escritores, Ibsen Martínez, e historiadores, Elías Pino Iturrieta y Germán Carrera Damas, se han pronunciado. Coincido con ellos, y pienso que la historia fue puesta en el paredón.

De los presidentes del siglo que se mencionan (sólo cuatro), el general Juan Vicente Gómez fue el que alcanzó mayor puntuación en las referencias, según Jaime Bello León. Se borraron todos los presidentes democráticos, con excepción del general Medina Angarita, que llegó de último, con una sola mención. Tampoco el general Eleazar López Contreras, civilizador de la política, obtuvo gracia alguna. ¿Era, acaso, demasiado civil?

Largos y fecundos años desaparecieron por arte de magia: sólo sus errores pueden ser contabilizados. De la “perspectiva histórica” no se salvó ni siquiera la OPEP, ni quiénes la fundaron, ni cuándo. El ministro de Educación, Héctor Navarro, hijo de un militar, el general Héctor Navarro Torres, a quien traté en conspiraciones antiguas (en los tiempos de Leonardo Ruiz Pineda y de Alberto Carnevali), se apresuró a anular el decreto. En buena hora. ¿Quedará siempre la incógnita del pedagogo que lo redactó? La historia, en efecto, tiene diversas maneras de escribirse, pero algunas son provisionales. O, incluso, de no escribirse, porque un primer ministro de Portugal, en tiempos obviamente dictatoriales, proclamaba que “los pueblos felices no tienen historia”. Cuando el cínico Salvador Dalí fue recibido por el generalísimo Francisco Franco, los reporteros acudieron a interrogarlo a la salida de El Escorial, y el pintor, tornando los ojos al cielo, apenas respondió: “He hablado con un santo”. La Historia no fue escrita por el impostor Dalí, sino por el Guernica de Pablo Picasso.

Tomado de: El Nacional. 30/01/2000